

## LA DISOLUCIÓN DEL SUJETO EN LAS NOVELAS DE DEFORMACIÓN

Joan-Carles Mèlich

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

*El objetivo de este artículo se centra en el estudio de las características de las novelas de "de-formación" como una de las expresiones propias del final de milenio a que estamos asistiendo. Las narrativas de la crisis que se forjaron en la "Viena de Wittgenstein" resultan hoy de permanente actualidad para comprender el mundo contemporáneo. Se trata de estudiar la disolución del sujeto que tiene lugar en estas novelas, unas novelas que narran el final de Europa y que muestran el trayecto hacia el ocaso de la identidad, la crisis de la expresión, del lenguaje, de las transmisiones y de la tradición. Los personajes de las novelas de deformación, a diferencia de la clásica Bildungsroman, no regresan enriquecidos con lo que les ha sucedido durante el viaje. No se trata en este caso de una "pérdida de sí" que se resuelve dialécticamente en la recuperación de uno mismo a un nivel superior. Se produce en ellas una pérdida total de la subjetividad, de la identidad; en ellas el héroe perece física o substancialmente. Esta "odisea sin retorno" es la odisea de nuestro presente, de la modernidad de principios de siglo que sigue latente todavía hoy y que los grandes narradores, músicos y artistas no han temido describir.*

---

171

*Al meu mestre Lluís Duch,  
amb admiració i amistat.*

La paciente red de la escritura intenta deshacer el orden ficticio y amenazador del espíritu que, como último bastión del pensamiento sistemático y positivo, se yergue aún ofreciendo al individuo una tranquilizadora cuota de responsabilidad y un rígido encasillamiento.

Claudio Magris, *El anillo de Clarisse*

Podría sostenerse que, en general, las grandes novelas intentan dar respuesta a la pregunta sobre la identidad. *¿Qué es un individuo? ¿Mediante qué se define el yo? ¿Es capaz el ser humano de comprenderse a sí mismo?*<sup>1</sup> Pero lo que caracteriza a la novela moderna es, precisamente, la imposibilidad de dar respuesta a estas preguntas fundamentales. La novela moderna toma conciencia del “desencantamiento del mundo” (*Entzauberung der Welt*) y representa el camino de la disolución del sujeto, su viaje de “de-formación”<sup>2</sup>.

El individuo busca un significado a la existencia y una lógica al mundo, lógica que no existe o que no puede hallarse<sup>3</sup>. Son los novelistas y artistas centroeuropeos de principios de siglo, de la *Viena de Wittgenstein* –Kafka, Musil, Broch, Canetti, Mahler, Schönberg, Berg, Klimt, Klee, Schiele...–, los que perciben, mucho mejor que los filósofos, que asistimos a un “final del mundo”<sup>4</sup>.

La novela moderna muestra sobre todo el fin del sentido de la totalidad, el resquebrajamiento de los horizontes, la muerte de Dios pero también la disolución del sujeto. Así, como escribe Claudio Magris, “el fraccionamiento de la totalidad se intensifica hasta descomponer y erosionar toda unidad, incluso la individual, en sus múltiples elementos; *el individuo es disuelto* y repartido en el polvillo anárquico de sus átomos, los cuales –en el ensamblaje narrativo– pueden convertirse en figuras susceptibles de ser montadas y desmontadas a placer...”<sup>5</sup>.

En este artículo nos ocuparemos de estudiar esta disolución del sujeto en lo que llamamos “narrativas de la crisis” o, si se quiere, “novelas de deformación”: novelas que narran el final de Europa; novelas que muestran el trayecto hacia el ocaso de la identidad, la crisis de la expresión, del lenguaje, de las transmisiones y de la tradición; novelas que muestran la disolución del sujeto en la

<sup>1</sup> KUNDERA, M. *Los testamentos traicionados*. Barcelona: Tusquets, 1998, pág. 19.

<sup>2</sup> En adelante escribiremos el prefijo de “deformación” en cursiva para hacer hincapié en el proceso de disolución de la subjetividad que tiene lugar en el transcurso de la modernidad.

<sup>3</sup> MAGRIS, C. *El anillo de Clarisse*. Barcelona: Península, 1993, pág. 410.

<sup>4</sup> Véase DUCH, Ll. “Literatura i crisi” en *L'enigma del temps*. Montserrat: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997, pág. 137.

Entre los “filósofos” yo situaría a Nietzsche y a Freud. La tópica freudiana, que aquí no podremos estudiar, sería la expresión de la muerte del sujeto. [Véase RELLA, F. *El silencio y las palabras. El pensamiento en tiempo de crisis*. Barcelona: Paidós, 1992, págs. 113-117.]

<sup>5</sup> MAGRIS, C. (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., pág. 414.

red burocrática y que anticipan el imperio totalitario que, a partir de 1914, asolará Europa.

En la modernidad no hay individuo. En su lugar sólo queda un oscilante haz de percepciones<sup>6</sup>. Los personajes de la novela moderna carecen de identidad, viven perdidos en el espacio urbano así como en el interior de ellos mismos. Articulan monólogos que se deshacen en un murmullo ininteligible, diálogos sin sentido; viven tramas en las que nada sucede. Son ámbulos, exiliados, espacios de anonimato, prisioneros de una lógica incomprensible, los personajes de la novela moderna viven en un mundo sin centro en el que no es posible responder a la pregunta *¿quién soy?* Viven en un universo sin identidad. El “yo” se les hace insoportable y su disolución, la disolución del sujeto, significa una defensa ante la amenaza del mundo<sup>7</sup>.

“Nuestra literatura, nuestra mitología, nuestra cotidianidad está poblada de seres sin stirpe ni parentela. Inclusive sin nombre. Que a lo más tienen por nombre una inicial. O que se llaman lisa y llanamente ‘El Innombrable’.

“Difícilmente puede descubrirse dramatismo alguno, intriga alguna en esas tramas. Son tramas que empiezan y terminan en cualquier rincón del espacioso recinto. Narran las peripecias de viajeros sin rumbo, sin dirección, sin avance, sin retroceso: se mueven sin moverse, se detienen sin detenerse, se les ve vivir pero parecen fantasmas, se les ve morir pero se ignora si han vivido alguna vez<sup>8</sup>.”

Esta pérdida de identidad del sujeto de la novela moderna está –y he aquí nuestra *hipótesis de trabajo*– íntimamente relacionada con el *desencantamiento del mundo*. Para Max Weber, la racionalización y la tecnificación del mundo moderno, incansables e imparables, no han supuesto que el ser humano conozca mejor las condiciones generales de su existencia. Por el contrario, lo que ha ocurrido es que el hombre moderno  *Cree poder saber* en todo momento las condiciones de su vida y tiene confianza en que todo “puede ser dominado mediante el cálculo y la previsión. Esto quiere decir simplemente –continúa Max Weber– que se ha excluido lo mágico del mundo<sup>9</sup>.” A diferencia del hombre premoderno, que necesita del

<sup>6</sup> MAGRIS, C. *Ítaca y más allá*. Madrid: Huerga & Fierro, 1998, pág. 19.

<sup>7</sup> MAGRIS, C. *Les alegries del desclassat. La literatura moderna i la fugida cap al malestar*. Barcelona: Barcanova, 1990, pág. 26.

<sup>8</sup> TRÍAS, E. *Drama e identidad*. Barcelona: Destino, 1993, pág. 155.

<sup>9</sup> WEBER, M. “La ciencia como vocación” en *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 1987, pág. 200.

mundo mágico para controlar la realidad –para afrontar el “absolutismo de la realidad”, diríamos con Hans Blumenberg–, el hombre moderno cree poder reducir la contingencia a través de la ciencia y de la técnica.

La literatura moderna se ha hecho eco de este desencantamiento del mundo y se ha dado perfecta cuenta de que un desencantamiento tal conlleva inexorablemente una crisis de subjetividad, o incluso la misma disolución del sujeto. “La renuncia es cada vez más coherente y radical y desemboca en la renuncia a sí mismo y a la propia individualidad. La literatura moderna y contemporánea es recorrida por el énfasis de esta extinción del sujeto individual que Foucault imagina como un rostro dibujado en la arena y próximo a ser borrado. El protagonista de esta literatura es con frecuencia un individuo que se da cuenta de que es una precaria organización del centrífugo flujo impulsor, construida por la cultura de los siglos precedentes y encaminada ya a su descomposición<sup>10</sup>.”

El sujeto que describe la narrativa de principios de siglo es un individuo que ha sido sacado fuera de la vida en comunidad y que es arrojado a un mundo de cambio y flujo incesantes. Las relaciones humanas ya no pueden concebirse como interacciones personales sino como encuentros entre personajes que “juegan” distintos papeles<sup>11</sup>.

El *desencantamiento del mundo* termina con la imagen del sujeto pensante, del sujeto epistemológico, pero también del sujeto social y del sujeto ético. Tampoco resta ya ningún punto de vista global y fijo a partir del que la subjetividad pueda constituirse. Esta disolución del sujeto no es propia del “fin de la modernidad”, o de la posmodernidad, sino de la modernidad misma. “Es al principio de la Edad Moderna cuando se pone de manifiesto esta situación fundamental del hombre, recién salido de la Edad Media: don Quijote piensa, Sancho piensa, y no solamente la verdad del mundo, sino también *la verdad de su propio yo se les va de las manos*. Los primeros novelistas europeos percibieron y captaron esta nueva situación del hombre y sobre ella fundaron el arte nuevo, el arte de la novela<sup>12</sup>.” Los seres humanos se encuentran en un mundo contingente que el nuevo universo “síglico” ya no puede resolver. Pero el hecho de que ni la ciencia ni la técnica consigan

<sup>10</sup> MAGRIS, C. (1998). *Ítaca y más allá*. Ed. cit., pág. 19.

<sup>11</sup> TAYLOR, Ch. *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós, 1996, págs. 523-524.

<sup>12</sup> KUNDERA, M. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets, 1994, pág. 175.

dar respuestas a las preguntas fundamentales no implica que los individuos se secularicen. La secularización afecta a las instituciones, pero no a los sujetos sociales. El desencantamiento del mundo “no disuelve ni relega a la categoría de problemas superados la exigencia de sentido y de valor”<sup>13</sup>.

Lo que Max Weber muestra a través de su concepto de “desencantamiento de mundo” es que el mundo ha dejado de ser el lugar de lo mágico, de lo misterioso, para convertirse en “un ámbito neutro de potenciales medios para nuestros propósitos”<sup>14</sup>.

La sociedad moderna se ha convertido en una jaula burocrática y en espacio de imperio para una razón instrumental, que provoca la escisión entre *razón* y *sentido*. Lo sólido, lo fijo, lo que perdura, ahora se ha cambiado por mercancías insípidas, rápidas y reemplazables. Marx lo vio claramente en su *Manifiesto Comunista*<sup>15</sup>. Este nuevo pensamiento –Marx, Nietzsche, Baudelaire– rehuye a menudo “las categorías filosóficas para proponerse a través de la narración, la poesía y el arte”<sup>16</sup>. Es esta misma imagen la que retoma Robert Musil en su novela *El hombre sin atributos*. Para él, para el hombre sin atributos, “no hay nada firme, todo es transferible, todo es parte de un entero, de innumerables enteros, quizá de un superentero que él desconoce totalmente”<sup>17</sup>. El personaje de Ulrich, ese anti-sujeto, “no expresaba más –escribe Musil– que ese ser deshecho que se manifiesta disperso en la vida de hoy”<sup>18</sup>. Y el mundo humano se ha convertido en un océano dominado por la fórmula matemática: “Así como nadamos en el agua, flotamos también en un mar de fuego, en una tempestad de electricidad, en un cielo de magnetismo, en un charco de calor, y más. Pero todo es imperceptible. Al final sólo quedan fórmulas. Y estas fórmulas humanas son también indescifrables; eso es todo”<sup>19</sup>.

En este universo ya no hay un valor central sobre el que apoyarse. Los sujetos ya no reconocen un valor trascendente y acaban convirtiéndose en *sonámbulos*. Hermann Broch lo ha descrito magistralmente en el primer volumen de su trilogía:

---

<sup>13</sup> MAGRIS, C. (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., pág. 412.

<sup>14</sup> TAYLOR, Ch. (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Ed. cit., pág. 522.

<sup>15</sup> MARX, K. *Manifiesto Comunista*. Madrid: Ayuso, 1981, pág. 27.

<sup>16</sup> RELLA, F. *La búsqueda del presente. Miradas sobre la modernidad*. Barcelona: Edicions UPC, 1995, pág. 9.

<sup>17</sup> MUSIL, R. *El hombre sin atributos*. Barcelona: Seix Barral, 1988, vol. 1, pág. 80.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 81.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 82.

"Primeramente era sólo la Iglesia la que tronaba como juez sobre los hombres, y todo hombre sabía que era un pecador. Ahora el pecador tiene que juzgar a los pecadores para que todos los valores no caigan en la anarquía y, en lugar de llorar con él, el hermano tiene que decir al hermano: 'Has obrado mal'<sup>20</sup>."

En la modernidad, pues, se admite que todo orden pueda ser substituido por otro pero, al mismo tiempo, aparece la negación de la novedad, de la novedad radical. Hay, en la modernidad, una usurpación de lo extraño. La modernidad aparece también como una nueva forma de totalidad y de totalitarismo<sup>21</sup>. "La diversidad es incorporada al todo, como diversidad relativa, como unilateralidad que tarde o temprano debe ser superada en la omnilateralidad de la Totalidad. Todo podría ser de otro modo –exceptuando el Todo, respecto del cual no hay alternativa<sup>22</sup>."

De todo ello son perfectamente conscientes los narradores del siglo XX. A diferencia de científicos o filósofos, ellos no tienen ningún reparo en mostrar esta ruptura entre el yo y la vida. La crisis de las ciencias europeas, denunciada por el viejo Husserl, abraza también a la filosofía. Los novelistas de la crisis muestran cómo el sujeto se da cuenta de que el mundo ya no es su mundo, de que la vida ya no le pertenece. El sujeto ya no puede penetrar en el mundo, así como tampoco instalarse en él<sup>23</sup>.

La literatura intenta captar lo que ni la ciencia ni la filosofía han conseguido –y por lo que han entrado en crisis–: *lo real en su devenir*. La literatura no pretende comprender lo real encerrándolo bajo la lógica del sistema, del concepto o de la fórmula matemática. La filosofía y la ciencia han fracasado porque han olvidado el mundo de la vida, la realidad inmediata, "pre-predicativa", "pre-categorial". En la modernidad, en el momento en que la crisis hace su aparición, la literatura muestra el mundo caótico, el fluir de la realidad, sus metamorfosis.

Después del desencantamiento del mundo, el sujeto se diluye en el incesante flujo de átomos, de vivencias. Son los novelistas danubianos, los artistas e intelectuales de la "Viena de

<sup>20</sup> BROCH, H. *Pasenow o el romanticismo*. Barcelona: Lumen, 1992, págs. 21-22. Sobre la obra de Broch, véase Claudio MAGRIS (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., pág. 431.

<sup>21</sup> Me he ocupado más en detalle de esta cuestión en mi libro *Totalitarismo y fecundidad. La filosofía frente a Auschwitz*, Barcelona: Anthropos, 1998.

<sup>22</sup> WALDENFELS, B. "Orden en modo potencial. Acerca de la crisis de la modernidad europea" en *Razón y subjetividad*. Buenos Aires: Almagesto, 1998, págs. 68-69.

<sup>23</sup> MAGRIS, C. (1998). *Itaca y más allá*. Ed. cit., pág. 49.

Wittgenstein<sup>24</sup>, quienes muestran el camino hacia esta deformación. Y el período inaugurado por estos narradores, artistas y músicos de principios de siglo, un período que Milan Kundera califica de "paradojas terminales", parece lejos de estar cerrado<sup>25</sup>.

La obra de Hugo von Hofmannsthal aparece como la primera muestra de la disolución del sujeto en la literatura del siglo XX. En Hofmannsthal descubrimos la íntima relación entre *la crisis de la palabra y la disolución de la subjetividad*. El "yo" ya no es un sujeto tradicional, substancial, dueño y señor del lenguaje y del conocimiento, sino un sujeto herido, fragmentado y roto, un agregado de elementos simples, de átomos.

La obra paradigmática de Hofmannsthal es, desde este punto de vista, la *Carta de Lord Chandos* (1902). Chandos siente horror al flujo vital que tiende a devorar toda individualidad, toda subjetividad. La identidad del "yo" está amenazada. La palabra entra en crisis y ya no sirve al ser humano para dar cuenta de la vorágine de la vida cotidiana. Lord Chandos desconfía de la palabra que ya no puede comprender la multiplicidad y las transformaciones de la realidad. "*La Carta de Lord Chandos* constituye el grado cero, no ya de la escritura, sino de la poética de Hofmannsthal; constituye un manifiesto del desfallecimiento de la palabra y del naufragio del yo en el fluir convulsionado e indistinto de las cosas, ya no nominables ni dominables por el lenguaje<sup>26</sup>." La *Carta de Lord Chandos* es la expresión de la crisis del lenguaje. La palabra ya no puede contener el fluir constante e incesante de la vida. Lord Chandos ha perdido la capacidad de hablar coherentemente<sup>27</sup>. El lenguaje, entendido como un sistema de signos supratemporales, que, a su vez, es la garantía de la comprensión del mundo, ha entrado en crisis y Lord Chandos da testimonio de ello. En este sentido, el fragmento capital de la obra sería el siguiente:

Todo se descompone en partes, y cada parte en otras partes, y nada se dejaba ya abarcar con un concepto. Las palabras, una a una, flotaban hacia mí; corrían como ojos, fijos en mí, que yo, a mi vez, debía mirar con atención: eran remolinos, que dan vértigo al mirar, giran irresistiblemente, van a parar al vacío<sup>28</sup>.

---

<sup>24</sup> JANIK, A. y TOULMIN, S. *La Viena de Wittgenstein*. Madrid: Taurus, 1974, pág. 19.

<sup>25</sup> KUNDERA, M. (1994). *El arte de la novela*. Ed. cit., pág. 23.

<sup>26</sup> MAGRIS, C. "La indecencia de los signos", prólogo al libro de Hugo von HOFMANNSTHAL, *Carta de Lord Chandos*. Murcia: Librería Yerba, Cajamurcia, 1996, págs. 10-11.

<sup>27</sup> HOFMANNSTHAL, H. (1996). *Carta de Lord Chandos*. Ed. cit. pág. 30.

El lenguaje ya no sirve para encontrar el sentido de un mundo en constante movimiento y metamorfosis. Para Lord Chandos, "la crisis de la lengua no es una infracción liberadora, como lo será para muchos escritores posteriores, que verán en la liquidación de las reglas del discurso la emancipación de la esclavitud social, reproducida y organizada en la gramática y la sintaxis dominante. No se siente complacido, sino angustiado por el desmoronamiento del lenguaje"<sup>29</sup>. El flujo vital destruye la identidad personal y hace que la subjetividad se diluya, se disuelva en un magma compacto, en el todo<sup>30</sup>.

La crisis de la palabra y la crisis del sujeto aparecen, en Hofmannsthal, unidas<sup>31</sup>. Sin la palabra, el sujeto no sabe cómo hacer frente a sí mismo y al mundo que lo rodea y devora. Sin el sujeto, la palabra no tiene a nadie que la diga, se dice a sí misma<sup>32</sup>. Cada signo es signo de sí mismo y se convierte en una "sacralidad", en una "viscosa inmediatez, con la existencia física directa y tangible del cuerpo o de una de sus partes, aunque sea mínima, con el fragmento efímero e instantáneo"<sup>33</sup>. El problema del lenguaje en Hofmannsthal ilustra la cuestión nuclear de la cultura vienesa de principios de siglo, a saber, "que para ser un artista o intelectual de la Viena *fin de siècle*, consciente de las realidades sociales de Kakanía, se había de encarar el problema de *la naturaleza y límites del lenguaje, la expresión y la comunicación*"<sup>34</sup>.

Apoyándose en Hegel, H.-G. Gadamer describe en *Verdad y método* la formación (*Bildung*) como el reconocer lo propio en lo extraño. Por lo tanto, dice Gadamer, "no es la enajenación como tal, sino el retorno a sí, que implica por supuesto enajenación, lo que constituye la esencia de la formación"<sup>35</sup>. En la formación siempre hay un *retorno* al punto de partida. De ahí que las novelas

<sup>28</sup> *Ibid.*, pág. 31.

<sup>29</sup> MAGRIS, C. (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., pág. 51.

<sup>30</sup> "La renuncia de Lord Chandos a la literatura es la disolución del sujeto como principio ordenador de la realidad y, por tanto, ante todo, la crisis del sujeto poético." (MAGRIS, C. *ibid.*, pág. 54.)

<sup>31</sup> HOFMANNSTHAL, H. (1996). *Carta de Lord Chandos*. Ed. cit., pág. 38.

<sup>32</sup> Esta última idea reaparece en las obras filosóficas de Heidegger y de Foucault. Puede observarse aquí el influjo que tuvo Ernst Mach no solamente en Hofmannsthal y en Musil sino en todos los escritores de la Viena de Wittgenstein. [Véase al respecto el sobresaliente libro de JANIK, A. y TOULMIN, S. *La Viena de Wittgenstein*. Ed. cit., pág. 142.]

<sup>33</sup> MAGRIS, C. (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., págs. 58-59.

<sup>34</sup> JANIK, A. y TOULMIN, S. (1974). *La Viena de Wittgenstein*. Ed. cit., pág. 147.

<sup>35</sup> GADAMER, H.-G. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1997, pág. 43.



de formación (*Bildungsroman*) puedan concebirse como un viaje en el que el sujeto retorna transformado al origen. Por esta razón, las novelas de formación son dramas, no tragedias.

En el drama siempre hay, ciertamente, aventura, un viaje hacia afuera; pero también hay siempre retorno al hogar. Hay pérdida del centro, pero hay recuperación del centro. "El drama tiene que ver con una aventura o viaje, con una migración por *terra incognita*. Pero en el drama no se pierden del todo las huellas que reconducen al atajo o al sendero, a través del cual se procede al retorno al hogar<sup>36</sup>." Esto es lo que distingue el drama de la tragedia, las novelas de formación de las de deformación. Las novelas de deformación son –en este sentido– trágicas. Por eso lo trágico no puede ser tratado ni por la ciencia ni por la filosofía. El conflicto trágico "no puede ser encerrado en un concepto, sino sólo experimentado: precisamente en la forma en la cual se da"<sup>37</sup>. En las novelas de deformación, el protagonista no puede responder a la pregunta "¿quién eres?" dando su nombre. El héroe de las novelas de deformación carece de nombre propio porque ya no posee identidad, porque ha perdido su identidad en el viaje, en el exilio. Sufre una incapacidad de nombrar y de nombrar(se). Si el nombre propio es la forma que tenemos para identificarnos como sujeto, la ausencia de nombre indica la disolución de la subjetividad. "En la tragedia, el nombre es a veces una inicial, una K. Otras veces se reconoce como 'innombrable'<sup>38</sup>."

Nos hallamos, pues, ante dos modalidades de "viaje": la formación (*drama*) y la deformación (*tragedia*). En ambas, hay una inicial pérdida de hogar, extrañeza y desorientación pero, mientras que en la primera hay retorno, hay un regreso a casa "transformado", en la segunda hay "des-identidad", no hay regreso, sino "de-formación".

La literatura clásica y romántica alemana se plantea el problema de la *Bildung* y sueña que construye una identidad en consonancia con la sociedad. Pero en el momento en que esta utopía se rompe, a partir de la Viena de Wittgenstein principalmente, surge la crisis de la literatura, de la palabra y de la subjetividad<sup>39</sup>.

Algunas novelas de formación –*Heinrich von Ofterdingen* de

<sup>36</sup> TRÍAS, E. (1993). *Drama e identidad*. Ed. cit., pág. 66.

<sup>37</sup> RELLA, F. (1995). *La búsqueda del presente. Miradas sobre la modernidad*. Ed. cit., pág. 13.

<sup>38</sup> TRÍAS, E. (1993). *Drama e identidad*. Ed. cit., pág. 85.

<sup>39</sup> Véase MAGRIS, C. (1990). *Les alegries del desclassat. La literatura moderna i la fugida cap al malestar*. Ed. cit., pág. 18.

Novalis, por poner un ejemplo—reproducen el esquema que la filosofía occidental compuso con Hegel: “el proceso dialéctico del yo que se encuentra con el otro para superarlo e integrarlo en sí mismo, el camino del sujeto que en sus aventuras se vuelve aún más intensamente él mismo, enriquecido con las experiencias y alteridades que ha asumido como propias”<sup>40</sup>. El viaje de la novela moderna, en cambio, es de otro orden: K., en *El castillo* de Kafka; Mercier y Camier, los antihéroes de la novela de Beckett; Marlow, en *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. Son todos ellos personajes que no regresan enriquecidos con lo que les ha sucedido durante el viaje. No se trata en este punto de una “pérdida de sí” que se resuelve dialécticamente en la recuperación de uno mismo a un nivel superior. A diferencia de los viajes clásicos de formación en los que “la alienación se resuelve en una nueva reconciliación”<sup>41</sup>, se produce en estas novelas una pérdida total de la subjetividad, de la identidad; en ellas el héroe perece física o substancialmente. “La crisis del sujeto —como ha escrito Claudio Magris—arrastra consigo el ideal goetheano de *Bildung*, la formación total del individuo que evoluciona desarrollando de forma integral y continuada sus inclinaciones y posibilidades”<sup>42</sup>.”

180

Una novela de formación es la narración de un viaje en el que el sujeto llega a ser él mismo; es la aventura de un salir de sí y de un retorno a sí, enriquecido con las experiencias que ha vivido a lo largo del camino. El *Ulises* de James Joyce sería, para Magris, el último gran reducto de estas novelas de formación, el último gran conservador de la tradición humanista y del milenarismo sujeto individual<sup>43</sup>.

Los personajes de las novelas de deformación, en cambio, no regresan a casa confirmados en su identidad, sino que se convierten en “extranjeros para sí mismos”<sup>44</sup>, sin reconocerse en sus propias máscaras y personalidades. Las novelas de deformación aparecen como relatos en los que la identidad no se construye en el viaje, sino en la destrucción del “sí mismo”. El sujeto ya no es una unidad compacta, substancial, sino una pluralidad centrífuga.

---

<sup>40</sup> MAGRIS, C. (1998). *Ítaca y más allá*. Ed. cit., pág. 73.

<sup>41</sup> LARROSA, J. “De las lecturas y los viajes como ‘experiencias de formación’. Notas a partir de Descartes y Rousseau” en *III Simposi Internacional de Filosofia de l'Educació*. Vol. 1 Ponències. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 1994, pág. 53.

<sup>42</sup> MAGRIS, C. (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., pág. 13.

<sup>43</sup> MAGRIS, C. (1998). *Ítaca y más allá*. Ed. cit., pág. 74.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pág. 126.

ga<sup>45</sup>. A medida que avanza el siglo XIX y entramos en el XX, esta situación se hace más extrema. Las novelas de formación quedan cada vez más lejanas. Los personajes de estas novelas pertenecen a una saga de *odiseas sin Ítaca*. "K." no encuentra la flor azul, como Heinrich von Ofterdingen, no puede ser acogido en el castillo<sup>46</sup>. Pero, más que *El castillo* de Kafka, el gran fresco de la deformación moderna es –a juicio de Claudio Magris– *El hombre sin atributos* de Robert Musil. Nos hallamos ante la enciclopedia del desencantamiento del mundo y de la disolución del sujeto.

A diferencia de lo escrito por Husserl en la conferencia de Praga y Viena que dio origen a la *Krisis*<sup>47</sup>, la filosofía no podrá tampoco, para Musil, dar razón del mundo de la vida (*Lebenswelt*) precisamente por su categoricidad y sistematicidad. El antihéroe de Musil, Ulrich, es un conjunto de atributos sin hombre: "Sin duda los atributos determinan al hombre y lo componen, incluso no siendo él idéntico a ellos; el mismo hombre se considera extraño a sí mismo tanto en estado de reposo como en estado de actividad<sup>48</sup>." Y más adelante todavía aparece con mayor claridad esta imagen de disolución del sujeto moderno:

Ha surgido un mundo de atributos sin hombre, de experiencias sin que uno las viva, como si el hombre ideal no pudiera vivir privadamente, como si el peso de la responsabilidad personal se disolviera en un sistema de fórmulas de posibles significados<sup>49</sup>.

Esta "odisea sin retorno" es la odisea de nuestro presente, de la modernidad de principios de siglo que sigue latente todavía hoy, y que los grandes narradores, músicos y artistas no han temido describir. La realidad fragmentada, la pérdida de horizontes, la ciudad múltiple, ruidosa, laberíntica en la que el individuo comienza perdiéndose y luego ya no se siente miembro de ella, la burocracia radical, el orden científico-técnico, la soledad vigilada. Juego de interpretaciones sin sujeto que ya apareció al principio de la modernidad con *El Quijote* y *Las Meninas*.

---

<sup>45</sup> MAGRIS, C. (1990). *Les alegries del desclassat. La literatura moderna i la fugida cap al malestar*. Ed. cit., pág. 22.

<sup>46</sup> MAGRIS, C. (1998). *Ítaca y más allá*. Ed. cit., págs. 74-75.

<sup>47</sup> HUSSERL, E. "La crisis de la humanidad europea y la filosofía" en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona: Crítica, 1991, pág. 358: "La crisis de la existencia europea sólo tiene dos salidas: la decadencia de Europa en la alienación respecto a su propio sentido racional de la vida, la caída en el odio espiritual y en la barbarie, o el *renacimiento de Europa desde el espíritu de la filosofía* mediante un heroísmo de la razón que supere definitivamente el naturalismo." [La cursiva es nuestra.]

<sup>48</sup> MUSIL, R. (1988). *El hombre sin atributos*. Ed. cit., vol. 1, pág. 181.

<sup>49</sup> *Ibid.*, vol. 1, pág. 183.

El individuo moderno es un simple papel, una pieza de la inmensa y robótica maquinaria social. Los personajes son funciones, profesiones, no tienen nombre propio, no poseen rostro. La geometría es el arquetipo de la mente moderna y es en este sentido en el que la obra pictórica de Piet Mondrian aparece como la mayor representación de la realidad. Taxonomía, clasificación, inventario, estadística..., la realidad entendida bajo la óptica del concepto y de la fórmula matemática<sup>50</sup>. La realidad queda concebida como una estructura de puras relaciones; *la prosa del mundo*, como la llamaba Hegel. La prosa del mundo es "la red anónima de relaciones sociales en la cual el sujeto resulta ser únicamente un medio, utilizado por el mecanismo social para objetivos que desconoce<sup>51</sup>." La prosa del mundo es el engranaje social, un mecanismo cada vez más abstracto que el sujeto no puede abarcar ni comprender. El sujeto, poco a poco, pasa de la alienación a la deformación y, de ésta, a la desaparición.

Las novelas de deformación muestran la perversión de la razón. "La razón ha podido convertirse en mera racionalidad calculadora, técnica de potencia que no conoce más allá del mecanismo de los hechos y de los intereses; ella ha acabado por realizarse en una sociedad anónima e impersonal, que nivela y anula precisamente esa responsable autonomía del individuo, en nombre del cual se había reafirmado"<sup>52</sup>.

La ciudad, la gran metrópolis –de Viena a Nueva York pasando por Praga, Berlín o París–, es el símbolo de lo moderno. Porque es en la ciudad donde el sujeto moderno experimenta su disolución; es allí donde el sujeto descubre la ausencia de fundamento, el vacío de un valor que le sirva de punto de referencia. En la ciudad se experimenta el vértigo, el cambio incesante. La novela es el relato de un viaje al vacío, de un descenso a los infiernos. "La historia de la novela moderna no es tanto la de un sujeto que adquiere juicio y se integra en la racionalidad de los procesos sociales, véase el *Wilhelm Meister* de Goethe, como la historia del sujeto que no halla lugar en la concatenación social, sino que en todo caso sale de ella."<sup>53</sup> Este individuo que, como dice Magris, "está constituido por la intersección fortuita del fluir de la metrópoli" y que es

<sup>50</sup> BAUMAN, Z. "Modernidad y ambivalencia" en *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos, 1996, pág. 91.

<sup>51</sup> MAGRIS, C. (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., págs. 22 y 410.

<sup>52</sup> MAGRIS, C. (1998). *Ítaca y más allá*. Ed. cit., pág. 337.

<sup>53</sup> MAGRIS, C. (1993). *El anillo de Clarisse*. Ed. cit., págs. 27-28.

“como el nudo de una alfombra, donde se entrecruzan los hilos del tejido”<sup>54</sup>.

### Abstract

The aim of this article is to study the main traits of the “de-formation” novel as one expression peculiar to the end of this millennium. The crisis fiction that appeared in “Wittgenstein’s Vienna” is still currently important to understand the contemporary world. It deals with the study of the *dissolution of the subject* that takes place in these novels, which describe the end of Europe and show the journey towards the sunset of identity, the crisis of expression, language, transmissions, and tradition. The characters in deformation novels, in contrast to the classical *Bildungsroman*, do not come back richer with what has happened to them during the journey. It is not in this case a “loss of the self” that is dialectically solved in the recuperation of oneself at a superior level. In these novels, there is a total loss of subjectivity, of identity; their heroes die physically or substantially. This “odyssey with no return” is the odyssey of our time, of the modernism at the beginning of this century that is still present today, and that great writers, musicians and artists have dared to describe.

---

54 *Ibíd.*, pág. 413.